

Rastros y sombras

Tía Aurora decía una vez más:

- Fue el mejor sobrino que tuve, y tan buen hermano, no, Julito? Tendrías que lamentar tanto como yo su ausencia. Ah, por qué él? Mi Luisito...el río me lo quitó; ese maldito río que no me gustó nunca. Se portó tan bien con vos ese muchacho. Sí.- planchaba. La tía suspiraba, hablaba entre suspiros. Y Julio detestaba esa manía suya.

Él permanecía sentado, quieto, sumido en esos sueños suyos, lejos de la realidad. Percibía apenas las cosas a su alrededor y era esa sensación dentro de su cabeza la que le impedía pensar y ver con claridad. No recordaba bien por el mismo problema. Él sabía que algo le sucedía. Estaba inmerso en esa niebla palpable, con ese compás de martillo y yunque en su cerebro, amenazando con destrozarse en forma de latido las paredes de esa caja de vidrio cubierta de venas. A veces, en su impotencia, se golpeaba la cabeza con los puños, como quien castiga una máquina vieja para que funcione. Y no funcionaba. Y entonces acudía la tía, esa especie de ser fantástico por la mezcla de deformidades ante los ojos de Julio, agarrándolo de los brazos y le daba un bofetazo diciéndole:

- Qué te pasa ahora, eh? Tranquilízate de una vez! Querés terminarla? Otra vez tus ataques?

Cuántas veces lo había encontrado sucio, embarrado o con un cuchillo en la mano o empapado de pies a cabeza y él no recordaba nada! Lo sabía porque ella se lo había contado y porque se había visto a sí mismo así, sin recordar el hecho.

Una vez más, Julio puso los ojos en blanco. Parecía que ella había empeorado después de la muerte.

Cansado, suspiró (después se arrepintió porque no

quería parecerse a Aurora).

- Sí, suspiré nomás. Total...ya es tarde. Ahogado en maldito riachuelo.

La observaba: baja, medio jorobada, bizca, con voz de urraca. Caminaba chueca, los brazos largos, extremadamente huesudos; de cabeza algo calva y cana; manos con dedos torcidos forjados por el reuma. Mentira eso de que no le gustaba el río. Quién, sino, lo acompañaba a pescar cuando niños? Su niñez! Por un momento, como un relámpago, el flash de la memoria surcó por la mente. Había recordado algo! Vefa ahora entre tinieblas, a su hermano, con él, en la orilla del río, jugando torpemente a los puñetazos, como chicos.

La observó otra vez. La casita estaba fresca a pesar de que el calor afuera era insoportable. Y seguía con su discurso monótono, largo; sermoneaba. Julio se limitaba a escuchar.

- Nunca una mala respuesta. Buen chico; inteligente, sano, sociable. Buen hombre.

Él, sentado, le daba la espalda. La mirada fría, perdida. Se sintió extraño. Sin embargo sonrió. Un paseo por el pueblo (si a ese villorrio se lo podía llamar así) le vendría bien. Qué catarata inútil e interminable de palabras disfónicas. No soportando más, tambaleante, se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

- Salís, Julio?- chilló la urraca.

- Sí, y por qué no?- salió dejándola sola.

A medida que caminaba, harto de tía Aurora y de Luis, y satisfecho (sin saber bien por qué razón, o quizá su inconsciente prefería ocultarlo) se refregó las palmas de las manos, a la altura de los muslos y las caderas, en una actitud de quitarse rastros y sombras.

MENTIRAS PIADOSAS

"Las cinco y cuarto", masculló mientras se aferraba al éstribo del colectivo que para esa hora estaba atiborrado de ojos oblicuos, de manos sin fuerza, de mentes girando en falso como tuercas flojas.

Como pudo, subió: "El mínimo por favor". El colectivero lo miró como quien ve a un marciano con antenas y todo, por lo afable del pedido. Él no lo notó, porque cuando recibió el boleto ya su rutina de empujadas y pisotones lo había acomodado en un rincón del ómnibus.

Así como subió, sus piernas lo depositaron suavemente en la parada de la esquina de su casa.

Caminaba más agobiado que de costumbre, llevaba barba de días incrustada en el rictus amargo de la boca y las mejillas. Ese trabajo lo estaba matando, y para peor esa tarde la había pensado más que otros días, cuando los minutos se le hacían elásticos, y hasta traidores, quitándole horas de sueño y regalándole casi irónicamente interminables momentos de soledad, una soledad tan grande que era dos soledades, o mejor dicho, una sola soledad indiscutible.

Siguió caminando y emprendió la recta final hasta la puerta de su casa, ya podía ver el balcón poblado de macetas repletas de tierra ajada y sin verde, cuando divisó la luz de su dormitorio prendida.

Él no había sido, había salido temprano, aunque tal vez inconscientemente, pero si no, ¿quién entonces?

El absurdo pensamiento que le rondó la cabeza se diluyó tan rápido como suelen hacerlo los imposibles. ¿Qué podía hacer ella en su casa? Aquella era una idea descabellada que se hizo carne en su carne durante el recorrido de cincuenta metros que lo separaban de la entrada.

La despedida había sido más que clara tres meses atrás. Fue en ese momento cuando quedó ciego, sentimentalmente hablando, y no vio nada fuera de ella, de su recuerdo perfumado y casi palpable.

Los pies se le adormecían, negándose a marchitar tan pronto esa disparatada ilusión de que lo esperara con café y una gran sonrisa.

La llave entró sin oponer resistencia, (ya comenzaba a derrumbarse el castillo), subió uno a uno los escalones que los distanciaban de la segunda puerta de entrada. En el último escalón dudó, como lo había hecho ya demasiadas veces, y quiso, aunque fuera muy loco, terminar aquella historietita fantasiosa que él se había ideado, de una manera bien delirante, y gritó: "¡Hola!, ¡Llegué!". Y después de unos segundos estirados, desde adentro una feminísima voz le respondió: "¿Sos vos Claudio? Pasá, está abierto."